

# Programa de Formación Permanente

2018 Jóvenes, fe, vocación

## 5. San Agustín, ¿maestro para los jóvenes del siglo XXI?





## SAN AGUSTÍN, ¿MAESTRO PARA LOS JÓVENES DEL SIGLO XXI?

Están en marcha los trabajos preparatorios del Sínodo de los obispos sobre “Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional”, que se celebrará en octubre de 2018. En este contexto, cabe preguntarse si la vida de Agustín de Hipona –enmarcada entre los siglos IV y V– puede decir alguna palabra a los jóvenes contemporáneos. El salto del tiempo solo es posible cuando nos encontramos con personas que han llegado hasta nosotros como protagonistas de una historia humana en carne viva. Se produce, entonces, el encuentro en la plaza mayor del corazón, que es terreno bien conocido por todos.

El camino elegido para responder a la pregunta que da título a estas páginas no es una lectura moralizante de la biografía agustiniana, ni tampoco espigar de sus libros una selección de frases aleccionadoras. Es preferible recurrir al código común de la *experiencia* e intentar acercarse a la superficie oceánica del alma de Agustín. Una opción que obliga a volver sobre la literatura agustiniana más intimista.

La clave de la simpatía por san Agustín no está en las peripecias de una biografía salpicada de episodios luminosos y dramáticos, ni en la profundidad de sus obras, ni en sus intuiciones geniales. Atrae porque, cuando habla del ser humano, es de sí mismo de quien habla. Es el Agustín del corazón abierto que no duda en confesarse públicamente ante Dios y ante los hombres para descubrirnos sus heridas, sus

límites y sus sueños. El significado de la palabra *experiencia* –que remite a ese hontanar de vida profunda alojada en la interioridad– se abre en una doble dirección: enseñanza que se adquiere con la práctica, y acontecimiento vivido que deja un poso de aprendizaje. Por eso, si alguien comparte con nosotros sus experiencias, nos está ofreciendo el regalo de lo mejor de sí mismo, aquello que ha incorporado a su equipaje vital. Quiere decir que, una vez purificada de cualquier significado etéreo y contando con la elasticidad del lenguaje, la experiencia es el resultado de procesar observaciones, encuentros, sentimientos... Más que un momento pasajero, la experiencia pertenece a nuestro patrimonio más personal.

El escritor norteamericano Garry Wills, premio Pulitzer en 1992, publicó una biografía sobre san Agustín<sup>1</sup>. Cuando el New York Times presentó este libro, decía que era la vida de un hombre que nos llega directamente al corazón. Es ahí –donde simbólicamente se halla el centro de nuestra vida– el punto de cita de Agustín de Hipona con los hombres y mujeres de todas las edades y, en consecuencia, también con los jóvenes. Las palabras más hondas –Dios, verdad, amor, felicidad, amistad– forman la sintonía de su vida y su pensamiento.

Agustín fue hombre de preguntas, de vocaciones y de amores, de convicciones firmes y dudas punzantes. Curioso por saber y desencantado ante muchas de las cosas conocidas. No fue su biografía una historia de escándalos, sino la vida de un enamorado que quiso conocer y amar. Un hombre entero, carne y espíritu, corazón y razón, verdad pensada y experiencia vivida. Lo mejor de Agustín es su radiografía interior, su itinerario humano y creyente. Como hombre, supo de amores, de aturdimientos y derrotas. Como creyente, se sintió indefenso y tembloroso ante un Dios que encontró en el claustro de la propia intimidad. Como hijo de la Iglesia, fue llamado a ser sacerdote y obispo, lejos de todos los propósitos personales. Así gastó su vida en el regazo de la madre Iglesia, sirviendo a sus hijos más cercanos de Hipona, con quienes compartía cada domingo el pan de la Palabra de Dios, y ofreciendo en sus libros el servicio de su pensamiento a otras iglesias de África. Este Agustín cercano a su pueblo, más *condiscípulo* que maestro, continúa haciéndonos la misma persuasiva invitación:

Sígueme, si puedes; lleguemos juntos a la patria donde ni tú me harás preguntas ni yo a ti. Ahora busquemos juntos creyendo para que después disfrutemos viendo (s. 261, 3).

<sup>1</sup> Cf. *San Agustín*, Mondadori, Madrid 2001, 206 pp.

## LOS SANTOS, ESOS DESCONOCIDOS

Aunque sus imágenes están en muchos templos, los pueblos celebren su memoria con fiestas y romerías y aparezcan sus nombres en las hojas de los calendarios, los santos son unos perfectos desconocidos. O, más exactamente, unos desconocidos perfectos. Perfectos, porque son santos y desconocidos, porque su verdadera figura se encuentra, frecuentemente, envuelta en la hojarasca de leyendas poco creíbles que van de boca en boca.

Algunos santos, además, han sido disfrazados, maquillados y hasta secuestrados. Disfrazados, porque resulta que sus obras eran tan extraordinarias que no se ve por ninguna parte la marca de su humanidad; maquillados, al pretender limar sus despropósitos o sus arranques de autosuficiencia; secuestrados por un grupo de estudiosos, porque se dice que su pensamiento está solo al alcance de un reducido grupo de cabezas selectas.

Algo de esto ha sucedido con san Agustín y –sin caer en la cuenta de que recortar dimensiones básicas de una persona es tanto como empobrecer su biografía– algunos han separado al obispo pastor de sus ovejas. El resultado de tantas visiones parciales es la caricatura del Agustín subido al podio de los mayores pecadores o del hombre enfrascado en sutiles reflexiones teológicas que quedan fuera del alcance de casi todos los mortales.

## LA VIDA CONTADA POR UNO MISMO

San Agustín volcó con expresión limpia, fresca y directa en los diez primeros libros de sus *Confesiones*, secretos íntimos y evocaciones, rastrea su pasado, recrea vivencias fundiendo la reflexión y la oración, los años más turbulentos y el abrazo de paz con el Dios de Jesucristo en la conversión. Todo lo contrario a una vida plana o un relato intrascendente.

Nada más necesario que acercarse a la historia, el paisaje y el tiempo verdaderos de Agustín. Tenemos una fuente excepcional de información: el libro inmenso, modelo de literatura testimonial, titulado *Confesiones*. Hay que retrasar el reloj diecisiete siglos y situarse en el año 354. Por tanto, siglos IV y V, lugar de cuna Tagaste, en el norte de África. Como todo el mundo conocido de entonces, África estaba bajo el poderoso imperio romano.

## EL PAISAJE FAMILIAR Y LAS EXPERIENCIAS MÁS HONDAS DEL JOVEN AGUSTÍN

Las posibilidades académicas de Tagaste eran limitadas, así que, a los once o doce años, Agustín rompe amarras familiares y se traslada a Madaura para seguir estudios superiores. Mediaba la distancia de unos veinticinco kilómetros. De Madaura a Cartago, segunda ciudad de África y centro tanto universitario como comercial y portuario. Pocos años –apenas diecisiete– y una gran ciudad con mil atractivos al alcance sin cruzar ninguna aduana. Agustín se pierde entre el gentío y las candelas chispeantes de los espectáculos. Más que un estudiante disciplinado y enfrascado en sus libros, hay que pensar en un joven inconformista, crítico, amante de modas literarias, con una dosis de rebeldía mayor de lo normal, que no se dejaba maniar por ninguna ideología. Limosnero de verdades mientras distintos maestros predicaban sus doctrinas y sus credos religiosos desde atalayas mayestáticas.

En Cartago, con el alma hecha una pura llaga (cf. *conf.* 3, 1, 1), Agustín es el número uno de su promoción, a la vez que frecuenta el teatro y otras diversiones. Un mundo interior en efervescencia y un amor desbocado que encapotaba su corazón: “¿Qué era lo que me deleitaba, sino amar y ser amado?”, confiesa sin rubor (*conf.* 2, 2, 2). “Andaba a la búsqueda de un objeto de amor” (*conf.* 3, 1, 1). “Amar y ser amado era para mí una dulce ocupación, sobre todo si lograba disfrutar del cuerpo de la persona amada” (*conf.* 3, 1, 1).

La fotografía familiar de Agustín la componían sus padres, Patricio y Mónica, y dos hermanos, una hermana (cf. *ep.* 211, 4) y un hermano llamado Navigio (cf. *beata u.* 1, 6). Patricio y Mónica formaban un matrimonio que, como en muchos casos, tenían diferente sensibilidad religiosa. Patricio no había recibido el bautismo. Vivían, sin embargo, con gran concordia (cf. *conf.* 9, 11, 28).

El retrato de Mónica es el de una mujer entera, muy madre, de fe convencida, siempre al lado de Agustín como una sombra inseparable. Siguió a su hijo por tierra y por mar (cf. *conf.* 6, 1, 1), preocupada tanto por el crecimiento físico como por la fe de su hijo. La salud de Agustín, durante su infancia y a lo largo de la vida, no era la de un atleta. Siendo niño estuvo en trance de muerte (cf. *conf.* 1, 11, 17). La debilidad física o esos misteriosos motivos por los que una madre puede ver con ojos de predilección a un hijo sobre los demás, hacen que la relación de Mónica y de Agustín fuera muy singular. Cuando muere Mónica, a los cincuenta y seis años de edad, Agustín sufre el dolor de la herida provocada por la ruptura de aquella convivencia tan dulce (cf. *conf.* 9, 12, 30). La vida de la madre y del hijo había llegado a ser una sola cosa (cf. *conf.* 9, 12, 30). Distanciados durante algunos años por las ideas, nunca rompieron los vínculos de una confianza poco común.

Mónica fue esposa de un marido básicamente afectuoso, aunque también propenso a la ira (cf. *conf.* 9, 9, 19) y despreocupado ante lo religioso. Finalmente,

después de que su esposa le hablase de Dios con el lenguaje de las buenas costumbres, Patricio recibió el bautismo. Fue madre de un hijo difícil por su precocidad, su afán por experimentarlo todo y su deseo de aventura. Ella, mujer de inteligencia natural, pedagoga conocedora de los oleajes y de los golpes de mar que sufre la juventud (cf. *conf.* 1, 11, 18), supo acompañar a su hijo con la palabra y el silencio.

## LA EXPERIENCIA DE LA AMISTAD Y DEL AMOR

Hay que romper una lanza por la amistad y no pensar que es una antigualla o una relación educada entre dos personas. Matrimonios que se han roto proclaman orgullosos, para aquietar su conciencia: “Pero continuamos siendo amigos”. Puede ser un modo de decir que ha estado ausente cualquier elemento de violencia y que hay una comunicación periódica entre quienes fueron cónyuges –sobre todo si hay hijos en ese hueco abierto por la separación–, porque el tránsito del amor a la amistad no es fácil de describir. Quizá sea necesario empeñarse en la tarea que el filósofo sevillano Emilio Lledó proponía: rescatar la amistad como palabra y como concepto. Rescatarla, decía, “del daño y del maltrato al que está sometida”. “Su propuesta, curiosamente, terminaba en un preocupado «necesitamos volver a pensar la amistad y volver a sentirla»”<sup>2</sup>.

En la Biblia, el libro de los *Proverbios* sentencia que hay “amigos más queridos que un hermano” (18, 24). Jesús de Nazaret anuncia a sus discípulos: “Ya no os llamo más siervos, porque un siervo no está al corriente de lo que hace su amo; os llamo amigos, porque os he comunicado todo lo que he oído a mi Padre” (Jn 15, 15). Algo muy especial tiene el amor de amistad, aunque sea un bien escaso, una moneda que se falsifica con facilidad. Cicerón decía algo así como que desconocer la amistad sería como apagar el sol y vivir a oscuras.

Si se habla de la amistad, san Agustín es una referencia obligada. No es que fuera un teórico, sino que los amigos estuvieron siempre presentes en su vida, como leemos en las primeras páginas del libro *Confesiones*: “La amistad humana, basada en lazos de cariño, es una dulce realidad por razón de la identificación de muchas almas entre sí” (*conf.* 2, 5, 10). No siempre presenta una amistad limpia, porque vivió esa primera juventud que sigue a la adolescencia “en estado de efervescencia” (*conf.* 2, 2, 4) y a los dieciséis años “cobraron vigor y medraron por encima de mi cabeza las zarzas de mis pasiones” (*conf.* 2, 3, 6).

Existe la amistad estimulante y enriquecedora, y también la amistad que corrompe:

<sup>2</sup> J. L. Ortega (ed.), *Hablemos de la amistad*, BAC, Madrid 2000, 18.

En mi ignorancia, iba cayendo en el precipicio con una ceguera tal que el ser menos libertino que mis compañeros de edad constituía para mí un motivo de humillación. Y es que los oía cómo blasonaban de sus fechorías, y su arrogancia era tanto mayor cuanto mayor eran las torpezas. Y el mordiente de estas estribaba no solo en la acción por la acción, sino, sobre todo, en gozar de cierta aureola de popularidad (*conf.* 2, 3, 7).

La amistad exige un proceso y, mientras va madurando, pasa por la búsqueda de un falso liderazgo que se apoya más en la fabulación que en la realidad:

Y cuando no tenía razones para empatar con los más sinvergüenzas, inventaba cosas que no había hecho, para no dar la imagen de menos degradación por ser más inocente ni de menos prestigio por ser más casto (*conf.* 2, 3, 7).

Es lo que Agustín califica como “sentir sonrojo de no ser un sinvergüenza” (*conf.* 2, 9, 17).

Tales eran los compinches que conmigo rondaban por las plazas de Babilonia. También yo me revolcaba con ellos en sus cenagales como si fueran canela en rama y perfumes costosos (*conf.* 2, 3, 8). Lindando con nuestra viña había un peral bien cargado de fruta, no muy atractiva, por cierto, ni por su aspecto ni por su sabor. A altas horas de la noche, una pandilla de muchachos rematadamente malos nos fuimos a sacudir el árbol y llevarnos las peras... y aunque probamos algunas, para nosotros lo principal fue darnos el gustazo de hacer lo que no estaba permitido (*conf.* 2, 4, 9).

San Agustín habla sin miramiento de estos desatinos propios de una edad y un ambiente. Se siente turbado por el sentido de culpa y reconoce haberse alejado de Dios: “Yo, por mi parte, me alejé de ti y anduve errante... Me convertí en un paraje miserable” (*conf.* 2, 10, 18). Son páginas que muchos adolescentes y jóvenes de ayer y de hoy suscribirían, y que cualquier adulto leería sin aspavientos. Ya se sabe que la amistad, además de ser una especie de bienaventuranza, hasta un *sacramento*, puede derivar en complicidad ante el mal. Son los falsos amigos o las *malas compañías*. “La falsa amistad es como un barco lo bastante grande como para llevar a dos con buen tiempo, pero solo a uno en caso de tormenta”, escribe Carlos Díaz<sup>3</sup>.

Pasado el tiempo, Agustín se ve rodeado por otros amigos muy diferentes: Alipio, Posidio, Nebridio, Evodio, Verecundo, Marcelino... Amigos de esos que uno siente cerca aunque separados por la distancia, amigos fieles, juramentados para escuchar, generosos a la hora de regalar confianza y libertad. Alipio

era más joven que yo, pues lo había tenido de alumno en mis comienzos de profesorado en nuestra villa natal y posteriormente en Cartago. Me quería mucho, por tener en buen concepto mi bondad y mi preparación académica. Yo también sentía aprecio por él, debido a su gran personalidad y a su fondo de virtud, bastante sobresaliente para sus pocos años (*conf.* 6, 7, 11).

Agustín vivió otras experiencias de amistad que relata con detalle:

Había todo un montón de detalles por parte de mis amigos que me hacía más cautivadora su compañía: charlar y reír juntos, prestarnos atenciones unos a otros, leer en común libros de estilo ameno, bromear unos con otros dentro de los márgenes de la estima y respeto mutuos, discutir a veces, pero sin acritud, como cuando uno discute consigo mismo. Incluso esta misma diferencia de pareceres, que, por lo demás, era un fenómeno muy aislado, era la salsa con que aderezábamos muchos acuerdos. Instruirnos mutuamente en algún tema, sentir nostalgia de los ausentes, acogerlos con alegría a su vuelta: estos gestos y otras actitudes por el estilo, que

<sup>3</sup> J. L. Ortega (ed.), *Hablemos de la amistad...* 91-92.

proceden del corazón de los que se aman y se ven correspondidos, y que hallan su expresión en la boca, lengua, ojos y otros mil ademanes de extrema simpatía, eran a modo de incentivos que iban fundiendo nuestras almas y de muchas se hacía una sola (*conf.* 4, 8, 13).

Más tarde, pensó con un grupo numeroso de amigos, “después de comentar las azarasas contrariedades de la vida humana, vivir en un ocio tranquilo, apartados de la masa” (*conf.* 6, 14, 24). El proyecto no llegó a realizarse y aquellos planes tan bien estudiados “se esfumaron en nuestras manos, se hicieron añicos y quedaron definitivamente descartados” (*conf.* 6, 14, 24).

No es necesario multiplicar textos agustinianos acerca de la amistad. “De ninguna cosa debe preocuparse uno en la vida, sino de elegir lo que se ha de amar” (s. 96, 1, 1). Lo más importante es sentirse acompañado y arropado por amigos verdaderos. “Al amigo fiel tenlo por amigo; el que lo encuentra, encuentra un tesoro; un amigo fiel no tiene precio” (*Eclo* 6, 14).

La iconografía suele representar a san Agustín con un corazón en la mano. Quien se proponga ser –utilizando palabras del poeta Blas de Otero– “hombre hasta el fondo”, tiene que cuidar la afectividad, tropezar con amores equívocos y sentir un día que te explota el corazón, porque ha surgido el enamoramiento. Es toda una aventura, un *arte*, utilizando el título de un conocido libro de Erich Fromm<sup>4</sup>, un milagro de súbita intimidad que se suele describir con la aureola del lenguaje poético. Algo suficientemente entreverado para que no pase por un proceso de aprendizaje y de ensayo. En la práctica, sin embargo, el amor se deja a la improvisación y hasta se piensa que no hay nada que aprender sobre el amor.

Esa actitud –que no hay nada más fácil que amar– sigue siendo la idea prevaleciente sobre el amor, a pesar de las abrumadoras pruebas de lo contrario. Prácticamente no existe ninguna otra actividad o empresa que se inicie con tan tremendas esperanzas y expectativas, y que, no obstante, fracase tan a menudo como el amor<sup>5</sup>.

No es lo mismo la amistad que el amor. Puede haber un amor platónico, sin correspondencia. ¡Cuántos jóvenes tienen en la pared de su habitación el póster de un ídolo musical y nunca se han cruzado con él! La amistad, sin embargo, exige reciprocidad. Existe el mandamiento del amor, pero no el de la amistad. Se puede amar a un enemigo, pero ser amigo de un enemigo es algo impensable y tampoco obedece a un acto voluntarista. Todavía se puede sumar otro elemento diferenciador: la amistad y el amor tienen diferente cronología. Cuando uno está todavía por hacer y la vida por descubrir, nace la amistad. Imperfecta al principio, unida a ráfagas sensibleras de corta duración que producen desengaños. El amor tiene otro calendario, exige un mayor crecimiento y se inscribe en la juventud tardía. No hablo, naturalmente, del amor filial, que es otra cosa.

El mismo año de su conversión –el 386, cinco años antes de su ordenación sacerdotal en Hipona– Agustín escribe una obra titulada *El orden* donde aconseja a

<sup>4</sup> Cf. E. Fromm, *El arte de amar*, Paidós Studio, Barcelona 1980.

<sup>5</sup> E. Fromm, *El arte de amar*... 16.

los jóvenes: “En toda condición, lugar o tiempo, tened amigos o buscadlos” (*ord.* 2, 8, 25).

El año 400 –ya obispo– habla en las *Confesiones* de dos grandes amigos. Desconocemos el nombre del primero, pero su muerte prematura le invita a escribir con pulso emocionado páginas memorables sobre la amistad. Aunque aquella muerte le rompió y ensangrentó el alma (cf. *conf.* 4, 7, 12), lo que más influyó en su convalecencia y recuperación era “el calmante de mis nuevos amigos” (*conf.* 4, 8, 13). El segundo amigo se llama Alipio,

santo hermano de san Agustín, ligado a él no solo con el vínculo de la más antigua biografía, sino también por una amistad ejemplar, sostenida a lo largo de cuarenta años de comunicaciones, de luchas y victorias comunes<sup>6</sup>.

Alipio fue también obispo y Agustín se refiere a él y a otros amigos cuando, en la *Carta 73*, 10, habla de descansar en el corazón de los amigos, sobre todo cuando se encuentra abrumado por la sobrecarga de problemas. En una carta dirigida a Jerónimo, señor amadísimo y copresbítero, –san Jerónimo– escribe hablando de Alipio:

Quien nos conozca a ambos, diría que somos dos, más que por el alma, por solo el cuerpo; tales son nuestra concordia e intimidad leal, aunque él me supera en méritos (*ep.* 28, 1).

Cuando Agustín había llegado a su madurez como pensador y acomete la grandiosa obra *La ciudad de Dios*, hace una afirmación categórica: “¿Qué consuelo nos queda en una sociedad humana como esta, plagada de errores y de penalidades, sino la lealtad no fingida y el mutuo afecto de los buenos y auténticos amigos?” (*ciu.* 19, 8). Alguien objetaría si son necesarios los amigos cuando se cuenta con el resguardo de la familia. Son dos puntos de apoyo diferentes y la amistad ofrece un arco más extenso de confianza y libertad. Es decisivo saber en qué puerto hay que amarrar el barco cuando uno se siente vapuleado por el oleaje del mar.

La amistad sirve de prólogo y ensayo al amor, aunque sean realidades de distinta categoría. El amor es un camino inexcusable de crecimiento interior y, en algunos casos, una forma de complementariedad y de unión de los polos masculino y femenino. Si el amor se concentra en la relación con una sola persona y es indiferente ante todos los demás, estamos ante un engaño que puede camuflar distintos modos de egoísmo. Asignatura complicada la del amor, porque se presta a una larga lista de equívocos. Las personas podemos cubrirnos de buenas maneras y hasta de dulzura y amabilidad fingidas para ocultar conductas taimadas.

El amor fue una de las grandes vocaciones de Agustín. Vivió intensamente su historia personal y no pudo entender el misterio de la vida humana y el misterio de Dios sin el amor. Cuando afirma que *amar* y *ser amado* le hacía feliz (cf. *conf.* 2, 2), está subrayando la reciprocidad del amor. Se podría asemejar a una competición que tiene como meta superarse en la donación gratuita. El ser humano es feliz

<sup>6</sup> “Vida de san Agustín”: Agustín de Hipona, *Obras completas*, I, BAC, Madrid 1979, 295 (intr.).

cuando ama y –aunque no reciba gestos visibles de amor, como puede ser el caso de quien está atendiendo a un enfermo inconsciente o a un niño que no puede expresarse– la máxima gratificación está en el hecho mismo de amar.

Un poco más adelante –también en el libro *Confesiones*– repite cómo “amar y ser amado era para mí una dulce ocupación, sobre todo si lograba disfrutar del cuerpo de la persona amada” (*conf.* 3, 1, 1). El lenguaje corporal es un tema sobre el que san Agustín se expresa sin disimulo: “Tú obedece a Dios y la carne a ti. ¿Qué más justo? ¿Qué más bello?” (*en. Ps.* 143, 6). Colocar a Dios por delante de cualquier complacencia corporal supone un grado de madurez espiritual y de autodominio que san Agustín no tuvo en los primeros años de juventud. Sin hablar de una fijación carnal, hay que pensar en un desarrollo evolutivo que pasa por el amor sensible, la relación episódica, el fervor de la pasión pasajera que tiene su punto cumbre a una edad en la que se descubre la existencia sexuada. La fusión de los cuerpos puede acercarse a lo que es la expresión del amor o ser una satisfacción instantánea que llega pronto a su acabamiento. Cada gráfica de esta etapa juvenil es diferente. Puede ser horizontal, plácida con algunas puntas ascendentes, o convertirse en una lucha torturante.

Lo que hacía era mancillar el manantial de la amistad con las impurezas de la pasión y empañar su tersura con las corrientes infernales de mi pasión carnal (*conf.* 3, 1, 1).

La observación es importante, porque hay acercamientos que distancian y, en vez de consolidar la amistad, introducen elementos de turbación.

Su corazón es un volcán. Arde todo en él en una llamarada de «ansiedumbre»: bello arcaísmo castellano, procedente del neologismo latino *anxietudo*, usado casi exclusivamente por Agustín en las *Confesiones* (8, 6, 13; 9, 3, 5). Esa ansiedumbre es el puro amor en sí, al desnudo, aunque fogoso siempre. Se refiere a él cuando nos cuenta: «Aún yo no amaba y ya amaba el amor» (3, 4, 1). Pero dura poco en su corazón ese amor inmaterializado. No lo domina. Se le desboca la ansiedumbre cuando el deseo distante se transforma en posesión. Entonces, según confiesa, «obnubilada la mente, de la amistad cándida se precipita en el infierno de la lujuria» (3, 1, 1). Es un enamorado ardorosísimo. A pesar de todo, guarda el buen ver de las apariencias cultas. La «vanidad» de hombre de letras le obliga a pasar por «elegante y cortés» (3, 1, 1)<sup>7</sup>.

Es necesario haber ascendido del suelo egoísta que nos sostiene para que la relación de cuerpo a cuerpo no se convierta en una instrumentalización disfrazada para alcanzar el placer y el diálogo no pase de un breve concierto de suspiros entrecortados. Abrazar y sentir el contacto de la piel de otra persona es más fácil y más fugaz que hacer un viaje hasta ese fondo distante e inexplorable del corazón donde somos conciencia, belleza espiritual y dignidad insobornable.

El mismo Agustín advierte “me faltaba ese justo equilibrio en el amor que va de alma a alma” (*conf.* 2, 2). La observación es muy sugerente. El equilibrio en el amor es la integración de la mente y el corazón. El amor no se puede pintar con los ojos vendados como la justicia, porque se puede convertir en un corcel sin freno.

<sup>7</sup> G. del Estal, *San Agustín y su concubina de juventud*, EDES, El Escorial 1996, 30.

Tampoco se puede olvidar que somos cuerpo y espíritu, aunque no sea tan fácil utilizar un estilete por fino que sea para separar uno y otro. El lazo del cuerpo y del espíritu es tan apretado que san Agustín se vale de una metáfora nupcial para decir: “Es tu carne, es tu esposa, es tu compañera” (*en. Ps.* 143, 6). Esta esencial vinculación de la carne y el espíritu exige un necesario equilibrio. En un lenguaje coloquial decimos que la muerte es la separación del cuerpo y del alma; algo parecido puede ser la muerte del matrimonio.

La expresión “de alma a alma” va más allá de la llamada de la carne sin que deseque la vida o vea el cuerpo como un adversario del espíritu. El amor humano no permite fisuras ni anulaciones de estos dos componentes, porque está en juego la falsificación o la destrucción del amor.

Santa Teresa –mujer de expresiones de gran plasticidad– dice que el demonio es “un pobre desgraciado que no puede amar”. No amar es una desgracia, la pobreza imaginable más radical. El error del egoísta es doble: no ama y no se ama. Alimenta el sueño de una felicidad imposible, porque prefiere vivir en situación de debilidad y aislamiento a disfrutar de la compañía y la compasión. Sin saberlo, el egoísta se odia y toda forma de odio envenena el corazón. No amarse a uno mismo incapacita para el amor a los demás. Por eso,

examina primero si ya sabes amarte a ti mismo y entonces te confío al prójimo para que lo ames como a ti mismo; pero si aún no sabes amarte a ti, temo que engañes a tu prójimo como te engañas a ti. De hecho, si amas la maldad, no te amas. El salmo es testigo: *Pero quien ama la iniquidad odia a su alma* (*s.* 128, 3, 5)

Otra observación de san Agustín es la llamada a la gratuidad en el amor:

Es más auténtico el amor que sientes por un hombre afortunado que no necesita que le des nada; este amor será más puro y mucho más sincero. En efecto, si llegas a otorgar algo a una persona indigente, quizá te viene el deseo de endiosarte frente a ella, y deseas que se te someta, ella que está en el origen de tu buena obra. Ella se halló en necesidad, tú le diste. Por el hecho de haberle dado, te crees como superior a la persona a quien diste. Desea que sea igual a ti, para que uno y otro estéis bajo aquel a quien nada se le puede dar (*ep. Io. tr.* 8, 5).

Puede haber un amor humillante que nada tiene que ver con el amor servicial. Amar es ponerse de rodillas ante el otro. Así lo entendió Jesús en el gesto del lavatorio de los pies (cf. *Jn* 13, 5). Amar es *darse*. No dar cosas, sino darse uno mismo.

La esfera más importante del dar no es la de las cosas materiales, sino el dominio de lo específicamente humano. ¿Qué le da una persona a otra? Da de sí misma, de lo más precioso que tiene, de su propia vida. Ello no significa necesariamente que sacrifica su vida por la otra, sino que da lo que está vivo en él –da de su alegría, de su interés, de su comprensión, de su conocimiento, de su humor, de su tristeza–, de todas las expresiones y manifestaciones de lo que está vivo en él. Al dar así de su vida, enriquece a la otra persona, realza el sentimiento de vida de la otra al exaltar el suyo propio. No da con el fin de recibir; dar es de por sí una dicha exquisita<sup>8</sup>.

<sup>8</sup> E. Fromm, *El arte de amar...* 33.

En la obra *La Trinidad*, escribe Agustín: “Nos interesa principalmente saber qué es el amor verdadero, o mejor, qué es el amor. Solo el amor verdadero merece el nombre de amor: lo demás es pasión” (*trin.* 8, 7, 10). La pregunta, aunque parezca inocente, sigue en pie: ¿Qué significa amar? La primera condición del amor es conocer, porque “nadie puede amar una cosa por completo ignorada” (*trin.* 10, 1). Quiere decir que el amor humano no puede ser ciego y que tampoco podemos homologar amor y atracción instintiva. El amor es, o debiera ser, clarividente.

En 1Corintios 13 encontramos el llamado *Himno del amor* de san Pablo, que tiene su versión agustiniana en el *Sermón 350*, donde Agustín entona su propio cántico al amor:

El amor por el que amamos a Dios y al prójimo, encierra toda la grandeza y profundidad de las palabras divinas, como enseña el único Maestro (cf. Mt 22, 37-40). [...] Por consiguiente, hermanos, buscad y abrazad el amor, que es el dulce y saludable vínculo de las mentes, sin el cual el rico es pobre y con el que el pobre es rico. El amor da fuerza en la adversidad y moderación en la prosperidad. Es fuerte en las pruebas duras, y alegre en las acciones buenas; es seguro en la tentación y generoso en la hospitalidad; muy alegre para los verdaderos hermanos y muy paciente entre los falsos. [...] El amor es lo único que no se opone a la felicidad ajena, porque no es envidioso. Es lo único que no se enorgullece con la felicidad propia, porque no es orgulloso. Es lo único que no atormenta la mala conciencia, porque no obra el mal. En medio de los insultos permanece seguro, y entre los odios hace el bien; en medio de la ira es paciente; entre las insidias, inocente; en medio de la maldad, llora; en la verdad, crece. ¿Hay algo más fuerte y más fiel que el amor? Por consiguiente, buscad y perseverad en el amor. Y pensando en él, producid frutos (s. 350, 2-3).

Es tarea inútil buscar definiciones acerca del amor. El amor lo es todo, llena la vida entera, y, si falta, se produce una herida que apaga la luz del alma. Hay separaciones y muertes que producen un desgarrón y dejan a uno bebiéndose las lágrimas. Gabriel Marcel escribió una frase feliz: “Yo te amo, tú no morirás”. Es decir, solo mueren las personas que no son amadas. El amor es signo de vida en quien ama y comunica vida a la persona amada.

En el fondo del corazón de los cónyuges existe el secreto deseo de morir juntos y unir en una misma esquila los nombres de los dos. La ausencia de la persona con quien se ha compartido tanto es un mazazo muy duro. Leemos en el profeta Ezequiel: “Hijo de hombre, voy a quitarte de repente la alegría de tus ojos; pero no te laments, ni llores, ni dejes correr tu llanto. Gime en silencio” (Ez 24, 16-17). Difícil y muy delicado trabajo el del consuelo y la compasión, aunque haya que pronunciar las palabras consabidas que siempre tienen sonido convencional. La tristeza humana, hermana de la muerte, se agolpó en el corazón de Agustín cuando perdió a su madre Mónica (cf. *conf.* 9, 12, 29).

Convivió durante tiempo con una mujer “que había cazado en mi afán aventurero, carente de juicio. Pero solo tenía esta mujer y le guardaba fidelidad de marido” (*conf.* 4, 2,2). Una unión legal, según el ordenamiento jurídico del imperio romano. Tuvo un hijo con ella durante su primer año de estudios en Cartago. Después de catorce años compartidos, aquella unión llegó a su término. “Ella se

marchó a África, tras hacer la promesa de no conocer a otro hombre y dejando en mi compañía al hijo natural que yo había tenido de ella” (*conf.* 6, 15,25).

La madre de Adeodato –así era el nombre del hijo– profesaba la fe católica. El matrimonio con ella era inviable, porque la ley romana lo prohibía entre personas de distinta clase social. Las personas próximas a Agustín le instaron a elegir una esposa.

Era mi madre la que básicamente gestionaba este asunto, para que, una vez casado, me purificara con el agua del bautismo de la salvación (*conf.* 6, 13, 23).

Más tarde, apoyado en la gracia de la conversión, tomaría la resolución firme de vivir célibe, entregado en cuerpo y alma, junto al grupo de sus amigos, al servicio de Dios.

Me convertiste a ti de tal modo, que ya no me preocupaba de buscar esposa ni me retenía esperanza alguna de este mundo (*conf.* 8, 12, 30).

Los devaneos juveniles, la convivencia fiel con una mujer y la paternidad de un hijo han sido motivo para que algunos, al hacer el recorrido sobre la biografía de san Agustín, detengan la cámara en unos años y unas páginas del libro *Confesiones* –obra de madurez plena–, porque se prestan a entrar en una narración salpicada de emociones, de momentos a la deriva y gestos de entereza de espíritu. También se pueden utilizar las mismas páginas para disculpar todas las situaciones en vez de acercarse con respeto al alma de Agustín.

“Ama y haz lo que quieres” (*ep. Io. tr.* 7, 8; s. 163 B, 3) es una de las frases más conocidas de san Agustín. Se cita con tanta frecuencia como ligereza, como si el amor fuera una llave maestra para tener acceso a una libertad sin fronteras. El amor, sin embargo, limita y encadena. Hasta se llega a hablar de que todo amor verdadero tiene algo de esclavitud e invita a la entrega exclusiva. “Ama y haz lo que quieres” es una fórmula de libertad suprema.

No existe nadie que no ame; pero hay que preguntar qué es lo que ama. Por tanto, no se nos invita a no amar, sino a elegir lo que vamos a amar (s. 34, 2).

Ama y actúa desde ti mismo, desde tu cuadro de certezas y convicciones más firmes. Que el amor presida toda la vida:

Si callas, calla por amor; si gritas, grita por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor. Exista dentro de ti la raíz de la caridad; de dicha raíz no puede brotar sino el bien (*ep. Io. tr.* 7, 8).

Teresa de Jesús tenía sobre su mesilla de noche el libro de las *Confesiones*. El “ama y haz lo que quieres” agustiniano lo expresa ella con otras palabras: “No está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho, y así lo que más os despertare amar, eso haced”.

“Quien ama no conoce la esclavitud” (s. 33,1). Esclavo es el que no hace lo que ama. Cuando tenemos que madrugar porque, antes de amanecer, salimos de viaje para iniciar unos días de vacaciones, el reloj despertador suena de manera diferente que la mañana del lunes. Si llueve o hace frío y nos llama esa chica o ese chico que

es diferente al resto del grupo, no dudamos en salir a la calle, aunque no encontremos el paraguas que utiliza toda la familia. La madre que pasa las noches a la cabecera de su hijo enfermo no se siente esclava, sino feliz por prestarle compañía. Lo mismo sucede cuando estamos ocupados en algo que nos agrada; el trabajo se convierte en entretenimiento.

A primera lectura, amor y exclusividad parecen contradictorios, porque se entiende que el amor debe ser expansivo. Desde luego que sí. Pero es impensable un amor abstracto, impalpable, virtual. El amor con rostro y con nombre va unido a la fidelidad. La fidelidad protege el amor, el amor inspira y reclama fidelidad y libertad en la misma proporción. Precisamente la libertad se hace auténtica en el seno del amor. “Amar es caminar en la anchura” (*en. Ps.* 118, 14, 2). A mayor amor, más libertad.

El amor por delante, en primera línea, y sin temor a *amar* y *ser amados*. Algunas personas sienten miedo a ser amadas y se cubren con una coraza. Es una forma desdibujada de egoísmo que significa no aceptar la indefensión del amor recibido. Pertenece a las personas que nos aman. Los muy celosos de no pertenecer a nadie se resisten a ser amados.

## LAS MUERTES QUE CONMOCIONARON EL ALMA DE SAN AGUSTÍN

La muerte es algo que puede suceder a los demás, se ve como una noticia lejana o como una sombra que acosa en ese momento en que se descienden los peldaños de la vejez. A veces, la realidad corrige nuestras previsiones y produce una sorpresa mayor. La muerte en plena juventud de un amigo de Agustín le produjo un estremecimiento excepcional. No era un amigo más.

Este amigo mío era para mí más dulce que todos los placeres de aquella época de mi vida (*conf.* 4, 4, 8). Siempre tuve la impresión de que mi alma y la suya eran un alma sola en dos cuerpos. Por eso la vida me resultaba terrible. Por un lado, no me sentía con ganas de vivir una vida a medias. Por otro, le tenía mucho miedo a la muerte, quizá para que no muriera totalmente aquel a quien yo había amado tanto (*conf.* 4, 6, 11).

Cuando, al final de su vida, san Agustín revisó todo cuanto había escrito en sus famosas *Retractaciones*, anota que, al escribir, probablemente se dejó llevar de la retórica:

En el libro cuarto, al confesar la miseria de mi alma a propósito de la muerte de un amigo, hablando de que en alguna manera nuestras dos almas se habían hecho una sola alma, digo: «Y por eso tal vez temía morir y para que no muriese todo entero aquel a quien amaba mucho». Lo cual me parece como una declaración ligera más que una confesión seria, aunque esa tontería esté suavizada algún tanto, porque añadí: «Tal vez» (*retr.* 2, 1, 6).

Es el recorrido del Agustín joven al Agustín obispo. Decir ante una muerte insospechada “Dios sabe más”, es algo que no se puede pensar a esa edad en la que todo es desmesura.

Cruzarse con la muerte fría, seca y despiadada cuando uno se considera invulnerable, fue algo que le ayudó a crecer y le situó de bruces frente al espesor del más allá, el incierto mañana que no nos pertenece, la eternidad y sus muchas preguntas, la congoja producida por la ausencia del amigo que era la prolongación de él mismo, el abatimiento de la melancolía... Si una amistad, “cocinada al fuego de las mismas aficiones y de idénticos estudios” (*conf.* 4, 4, 7), “con un grado de dependencia muy grande” (*conf.* 4, 4, 8), le ayudó a estirar el alma, no menos el descubrir que, desde nuestro nacimiento, cada uno camina hacia sus propias cenizas. Lo dirá, él mismo, años más tarde: “Desde el momento en que comenzamos a existir en este cuerpo, comenzamos a morir” (*ciu.* 12, 10).

Todo cuanto veía era muerte... Me dirigía a mi alma para preguntarle por qué estaba triste y alterada hasta ese punto, pero mi alma no tenía respuestas que darme (*conf.* 4, 4, 9). Me sentía miserable y había perdido mi alegría (*conf.* 4, 5, 10). Solo el llanto me resultaba dulce. Solo él había tomado posesión del vacío que mi amigo había dejado en los goces de mi corazón (*conf.* 4, 4, 9).

Una segunda muerte vivida intensamente por Agustín fue la de su madre Mónica. Madre y muerte son términos contradictorios, porque la madre es la fuente y raíz de la vida. La ausencia de la madre produce un vacío que nadie puede llenar, una orfandad definitiva, porque uno ya es huérfano para siempre.

Las páginas que dedica Agustín al relato de la muerte de su madre Mónica rezuman emoción y amor filial. Son dos biografías, de algún modo, inseparables. Sin Mónica, la historia de Agustín quizá hubiera sido otra y, sin Agustín, la figura de Mónica tendría otra estatura. “El hijo de tantas lágrimas” acompañó a su madre en los últimos momentos y por eso su comentario es vivo y sentido:

Estando enferma, cierto día sufrió un desvanecimiento, quedando un tiempo privada de los sentidos, ajena a todos los que la rodeaban. Acudimos corriendo, pero pronto recuperó el sentido. Viéndonos presentes a mi hermano y a mí, nos dijo como quien pregunta algo: ‘¿Dónde estaba?’. A continuación, viéndonos abatidos por la tristeza, nos dijo: ‘Sepultaréis aquí a vuestra madre’. Yo permanecía mudo mientras contenía mis lágrimas, en tanto que mi hermano decía no se qué palabras alusivas a su deseo de que la muerte no le sorprendiese en tierra extranjera, sino en su patria... Y luego, dirigiéndose a los dos, exclamó: ‘Depositad este cuerpo mío en cualquier sitio, sin que os dé pena. Solo os pido que dondequiera que estéis, os acordéis de mí ante el altar del Señor’... Me alegraba y te daba gracias, Dios invisible, recordando una cosa que yo conocía muy bien: la constante preocupación que la tenía atenazada respecto a su sepultura, que había adquirido y preparado al lado de su marido... Quería tener la dicha de que la gente recordase cómo después de su viaje allende los mares había logrado que una misma tierra cobijara conjuntamente las cenizas de ambos cónyuges (*conf.* 9, 11, 27-28).

Mónica dicta un testamento de una hondura cristiana extraordinaria. Descarta honras funerarias superfluas y pide, únicamente, dos cosas: ser recordada ante Dios y ser sepultada junto a su marido Patricio para que una misma tierra los cobijara.

Unas páginas más adelante, Agustín levanta acta de la muerte de su madre:

Descanse, pues, en paz con su marido, antes del cual y después del cual no tuvo otro. A él sirvió ofreciéndote el fruto de su paciencia, a fin de conquistarle para ti... Que se acuerden con sentimientos de piedad de los que fueron mis padres en esta luz pasajera, y hermanos míos que te tienen como Padre dentro del seno de la madre Católica, conciudadanos míos en la Jerusalén eterna, por la que suspira tu pueblo durante su peregrinación, desde su partida hasta su retorno, para que lo que mi madre me pidió en el último instante, quede ampliamente satisfecho en las oraciones de muchos, provocadas por estas mis confesiones y por mis oraciones personales (*conf.* 9, 13, 37).

Agustín y Adeodato estuvieron al lado de Mónica en el momento de su muerte:

A la par que le cerraba los ojos, una tristeza inmensa se agolpaba en mi corazón e iba resolviéndose en lágrimas. Simultáneamente, mis ojos ante la orden tajante de mi espíritu, reabsorbían su fuente hasta secarla. Era una lucha que me hacía mucho mal. Al rendir ella el último suspiro, Adeodato rompió a llorar a gritos. Pero acabó por serenarse, calmado por todos nosotros. Así pues, del mismo modo, lo que en mí había de pueril y que se resolvía en llanto, quedaba reprimido por la voz adulta, por la voz de la mente (*conf.* 9, 12, 29).

Quien escribe estos detalles y desnuda sus sentimientos ante la muerte de su madre –antes del 13 de noviembre del año 387<sup>9</sup>– es ya el obispo Agustín.

Ante Dios, creador de todos, el obispo reconoce que el respeto que él le había guardado no era nada en comparación con la entrega que ella había manifestado hacia él. Al quedarse sin ella, se vio privado de tan gran consuelo. Se comprende, pues, que quedase herida su alma y como despedazada su vida, que había sido una con la de ella (cf. 4, 6, 11)<sup>10</sup>.

En distintos momentos, el relato que Agustín hace de la muerte de su madre habla de la compañía de las lágrimas:

Entonces sentí ganas de llorar en tu presencia sobre ella y por ella, sobre mí y por mí. Y di rienda suelta a mis lágrimas reprimidas para que corriesen a placer, poniéndolas como un lecho a disposición del corazón. Este halló descanso en las lágrimas. Porque allí estabas tú para escuchar, no un hombre cualquiera que habría interpretado desconsideradamente mi llanto (*conf.* 9, 12, 33).

Lágrimas de un Agustín que tenía treinta y tres años, apunte posterior de un obispo de cuarenta y seis años, aproximadamente, que deja al descubierto su alma y homenaje filial a sus padres (cf. *conf.* 9, 13, 37). Los niños lloran muchas veces, pero sus lágrimas son como lluvia pasajera que se seca al instante; los adultos lloramos menos veces, pero las lágrimas dejan marcado un surco en el corazón.

## LAS BÚSQUEDAS DE SAN AGUSTÍN

La llamada *inquietud agustiniana* supone un grado de vitalidad interior y un afán ininterrumpido por desgranar el misterio de la vida. En este sentido, podemos hablar de las búsquedas de san Agustín. Ya he citado el *amor*. Agustín no solo buscaba amar, sino que buscaba el Amor:

Pregunté a la tierra y me dijo: ‘Yo no soy’... Pregunté al mar y a los abismos y me respondieron: ‘Nosotros no somos tu Dios, búscalo por encima de nosotros’... Pregunté al

<sup>9</sup> Cf. P. de Luis, *Las Confesiones de san Agustín comentadas*, Estudio Agustiniano, Valladolid 1994, 482.

<sup>10</sup> P. de Luis, *Las Confesiones...* 483.

cielo, al sol, a la luna y a las estrellas, y me respondieron: ‘Tampoco nosotros somos el Dios que buscas’... Entonces, me dirigí a mí mismo (*conf.* 10, 6, 9).

Al no encontrarlo fuera, viajó hacia su interior con la misma pregunta pendiente:

Y guiado por ti, entré en mi interior... Y vi una luz inmutable... Una luz muy distinta de todas las luces de este mundo... Una luz que solo el amor conoce (*conf.* 7, 10, 16).

Dentro de su corazón, Agustín encontró *una luz* que le guiaba hacia el Amor.

Finalmente, acudió a la *revelación* y se encontró con la noticia de que “Dios es amor” (1Jn 4, 8). San Agustín utiliza muchos nombres, como si todas las palabras le quedasen cortas para hablar de Dios: Belleza, luz, verdad, felicidad, misericordia, etc. Pero se queda, sobre todo, con la breve definición de san Juan: “Dios es amor” (1Jn 4, 8). Remata la frase diciendo que “el amor es Dios” (*ep. Io. tr.* 8, 14). “Aunque no se dijese nada más en alabanza del amor, nada más deberíamos buscar” (*ep. Io. tr.* 7, 4). Amamos porque “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones” (Rom 5, 5) y “por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (*s.* 34, 2).

Dios es amor –el Amor–, y nosotros “amamos, porque él nos amó primero” (1Jn 4, 10). El nuestro es un amor participado. Que Dios nos amó primero lo expresa abiertamente san Juan: “En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó primero” (1Jn 4, 10). Hay que permitir a Dios que nos ame y hay que reconocer sus muchos detalles con nosotros. No se puede vivir como si estuviéramos ciegos y atribuir el milagro de la vida a la casualidad. Tampoco podemos cruzarnos de brazos ante el amor. Es don y es conquista: “El amor es un don de Dios, y grande. Busquémoslo como nos recomienda el Señor” (*ep. Io. tr.* 17, 6). Hay que buscar el amor, cuidarlo, purificarlo, entregarlo.

Existe una peligrosa impaciencia por los dos grandes acontecimientos de la vida humana –la fe y el amor–, que se traduce en el olvido del carácter gradual de toda pedagogía. ¡Como si aprender a creer y aprender a amar fuera sencillo! Amar y creer tienen en común el carácter de acontecimientos que hacen pie en la razón, se apoyan en la confianza y se alojan en el corazón. No se excluye el conocimiento, pero el alcance del amor y de la fe llega más lejos y no es el resultado de ninguna demostración irrefutable.

La lectura del libro el *Hortensio* de Cicerón, despertó en san Agustín el estudio de la filosofía o, más exactamente, el amor por la sabiduría. A partir de ese momento, se dedicó a su búsqueda con pasión. El hombre vive en una búsqueda continua (cf. *ep. Io. tr.* 10, 5). La inteligencia humana es un taladro que intenta abrir y desvelar los misterios que encuentra; la curiosidad se hace pregunta, duda, intuición. El amor arrastra a la búsqueda de la verdad (cf. *trin.* 1, 5, 8).

Durante un tiempo, Agustín caminó de la mano de algunos maestros que lo llevaron a la desilusión. Las *Confesiones* recogen su desengaño:

Rotas, pues, las ilusiones que tenía depositadas en los libros de Manés y cundiendo progresivamente mi desconfianza en los demás doctos maniqueos... (*conf.* 5, 7, 13).

A su alrededor todo era incertidumbre y pensó en instalarse de forma permanente en la duda:

Comenzó a obsesionarme la idea de que aquellos filósofos que llaman académicos habían sido más sesudos y ponderados al adoptar como principio la duda de todo y de todos y la imposibilidad de que el hombre pueda comprender nada (*conf.* 5, 10, 19).

Pero, ¿puede uno mantenerse en pie sin un suelo firme donde apoyarse? ¿Es posible vivir con la incertidumbre como compañera inseparable?

Junto el amor y la verdad, Agustín buscó la belleza y preguntaba a sus amigos:

¿Amamos algo que no sea bello? ¿Y qué es lo bello? ¿Qué es la belleza? ¿Qué es lo que nos atrae y aficiona en las cosas que amamos? Si en ellas no hubiera una belleza externa y una armonía interna, no ejercerían atractivo alguno sobre nosotros (*conf.* 4, 13, 20).

Finalmente, Agustín encontró la belleza en Dios. Así lo expresa en uno de sus textos más conocidos:

¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé! El caso es que tú estabas dentro de mí y yo fuera. Y fuera andaba buscando y, como un engendro de fealdad, me abalanzaba sobre la belleza de tus criaturas (*conf.* 10, 27, 38).

Entre la exclamación y la admiración, argumenta san Agustín:

Pero como él hizo todas las cosas, y no hay cosa mejor que él, todo lo que hizo está debajo de él y todo lo que te agrada en estas cosas es inferior a él. Luego no te agrada de tal modo lo que hizo, que por ello te apartes de quien lo hizo. Si amas lo que hizo, ama mucho más a quien lo hizo. Si son hermosas las cosas que creó, ¡cuánto más hermoso es el Creador! (*en. Ps.* 148, 15).

Concluye, así, que “todo lo bello viene de la suma Belleza, que es Dios” (*diu. q.* 44). A esta meta final llega después de haber preguntado a las criaturas que le hablaran sobre Dios:

«Habladme de mi Dios, ya que vosotras no lo sois. Decidme algo de él». Y me gritaron con voz poderosa: «Él es quien nos hizo». Mi pregunta era mi mirada; su respuesta era su belleza (*conf.* 10, 6, 9).

En otro texto repite la misma idea:

Pregunta al mundo, a la belleza del cielo, al resplandor y armonía de los astros, al sol que basta para iluminar el día, a la luna que alivia la noche; pregunta a la tierra, fértil en hierbas y plantas, poblada de animales, embellecida de hombres; pregunta al mar, repleto de una gran cantidad y variedad de seres acuáticos; pregunta a la atmósfera cuántos volátiles mantiene en vida; pregunta a cuanto existe y mira si no parecen responderte a su modo: «Dios nos ha hecho»” (*s.* 141, 2, 2).

La contemplación y disfrute de la belleza como camino hacia Dios es una idea presentada brillantemente por Benedicto XVI. Es la *via pulchritudinis* que comprende, al mismo tiempo, un recorrido artístico, estético, y un itinerario de fe, de búsqueda teológica.

La vía de la belleza, es un recorrido privilegiado y fascinante para acercarse al Misterio de Dios. ¿Qué es la belleza, qué escritores, poetas, músicos, artistas contemplan y traducen en su lenguaje, sino el reflejo del esplendor del Verbo eterno hecho carne? Afirma san Agustín: «Interroga a la belleza de la tierra, interroga a la belleza del mar, interroga a la belleza del aire amplio y difuso. Interroga a la belleza del cielo, interroga al orden de las estrellas, interroga al sol, que con su esplendor aclara el día; interroga a la luna, que con su claridad modera las tinieblas de la noche. Interroga a las fieras que se mueven en el agua, que caminan sobre la tierra, que vuelan en el aire: almas que se esconden, cuerpos que se muestran; visible que se

deja guiar, invisible que guía. ¡Interrogálos! Todos te responderán: ¡Míranos: somos bellos! Su belleza es su confesión. Esta belleza mutable ¿quién la ha creado, sino la Belleza Inmutable?» (s. 241, 2: PL 38, 1134)<sup>11</sup>.

En una reunión celebrada en la Capilla Sixtina con un grupo de artistas, Benedicto XVI citaba a san Agustín como enamorado de la belleza:

San Agustín, cantor enamorado de la belleza, reflexionando sobre el destino último del hombre y casi comentando *ante litteram* la escena del Juicio que hoy tenéis delante de vuestros ojos, escribía: «Gozaremos, por tanto, hermanos, de una visión que los ojos nunca contemplaron, que los oídos nunca oyeron, que la fantasía nunca imaginó: una visión que supera todas las bellezas terrenas, la del oro, la de la plata, la de los bosques y los campos, la del mar y el cielo, la del sol y la luna, la de las estrellas y los ángeles; la razón es la siguiente: que esta es la fuente de todas las demás bellezas» (*ep. Io. tr. 4, 5*)<sup>12</sup>.

## ¿LA FE Y LA RAZÓN ENFRENTADAS?

La articulación de la fe y la razón constituye una filigrana por situarse en una zona fronteriza en la que cada una de ellas tiene que admitir su espacio propio y pasar de una relación conflictiva a una convivencia crítica. No es propio de una seria teología desconfiar o impugnar la razón. Hay científicos que desde el prejuicio han excluido la fe y creyentes que desconfían del ejercicio de la razón. Tan frívolo es no admitir ninguna verdad fuera del laboratorio, como alinearse, por principio, en la filas de los escépticos de la razón. Razón, ciencia y fe están llamadas a tener en común la voluntad de verdad.

¿Quién no ve la gran perturbación, la confusión espantosa que vendría si de la sociedad desapareciese la fe? Siendo invisible el amor, ¿cómo se amarán mutuamente los hombres, si nadie cree lo que no ve? (*f. inuis. 2, 4*).

La religión, la ciencia y la vida misma tienen sus misterios. Estamos rodeados de un universo que nos desborda e intentar manejar el misterio es tan impensable como recoger un océano en una taza de café. La fe es luz, fuerza, energía. Quien pretenda moverse únicamente de la mano de certezas contrastadas, apuesta por lo imposible.

No quedaría nada firme de la sociedad humana –subraya san Agustín– si nos determináramos a no creer más que lo que podemos percibir por nosotros mismos (*util. cred. 12, 26; cf. conf. 6, 5, 7*).

Son necesarias la fe y la razón:

Dios nos libre de pensar que nuestra fe nos incita a no aceptar ni buscar la razón, pues no podríamos ni aun creer si no tuviésemos almas racionales (*ep. 120, 3*).

Hablar de la fe no es un tema exclusivamente religioso, sino que es una estructura primordial de comunicación interpersonal, una dimensión constitutiva de la existencia humana.

<sup>11</sup> Benedicto XVI, *Audiciencia general (18-11-2009)*.

<sup>12</sup> Benedicto XVI, *Encuentro con los artistas. Capilla Sixtina (21-11-2009)*.

En la vida social también se creen muchas cosas sin ser vistas. La buena voluntad del amigo no se ve, pero se cree en ella. Sin alguna fe, ni siquiera podemos tener certeza del afecto del amigo probado (*f. inuis. 1, título*).

“Lo esencial es invisible a los ojos”, escribe Antoine de Saint Exupéry en *El Principito*<sup>13</sup>. San Agustín había escrito dieciséis siglos antes:

Dime, por favor: ¿Cómo ves el afecto de tu amigo? Porque el afecto no puede verse con los ojos corporales. ¿Ves, por ventura, con los ojos del alma lo que pasa en el alma de otro?... La fidelidad del amigo no puedes amarla si no tienes también la fe que te incline a creer lo que en él no ves; aunque el hombre puede engañar fingiendo amor y ocultando su mala intención (*f. inuis. 1, 2*).

Escribe Miguel de Unamuno:

Perdí mi fe pensando en los dogmas, en los misterios en cuanto dogmas; la recobro meditando en los misterios, en los dogmas en cuanto misterios<sup>14</sup>.

¿Por qué establecer una fe y una razón enemistadas? La fe es un mirador alto, una luz, a veces tenue, para no perder el hábito del asombro y no olvidar la cercanía de lo sublime. La razón es camino hacia las verdades mortales expresadas con el sueldo pequeño de las palabras. ¿Por qué el duelo entre dos hermanas? Se trata de un binomio, no de una disyuntiva. “La fe busca, el entendimiento encuentra” (*trin. 15, 2, 3*).

Los dos polos de riesgo son el fideísmo y el racionalismo. Fideísmo es una fe acrítica, desmedida; racionalismo es el olvido de que los pensamientos son, en expresión de san Agustín, “hijos del corazón” (*Io. eu. tr. 1, 9*). Entre el fideísmo y el racionalismo, la equilibrada postura de san Agustín: “Entiende para creer, cree para entender” (*s. 43, 9*). Nada de enfrentar razón y fe como si fueran irreconciliables. “Ama intensamente el entender”, proclama Agustín en la *Carta 120, 3, 13*.

## CUANDO DIOS SALIÓ AL ENCUENTRO DE AGUSTÍN

En la historia de toda conversión religiosa, Dios lleva la iniciativa y sale al encuentro de quienes viven en actitud de búsqueda o están bajo el impacto de alguno de esos acontecimientos que conducen a los sombríos rincones de la perplejidad. San Agustín escribe que

cargaba con un alma rota y ensangrentada... No hallaba sosiego ni en los bosques amenos, ni en los juegos, ni en los cantares, ni en los jardines fragantes, ni en los banquetes espléndidos, ni en los placeres de alcoba y cama, ni siquiera en los libros ni en los versos. Todo me era repulsivo, hasta la luz misma (*conf. 4, 7, 12*).

<sup>13</sup> A. de Saint-Exupéry, *El principito*, Alianza Editorial, Madrid 1971, 87.

<sup>14</sup> M. de Unamuno, “Diario íntimo. Cuaderno 4”: *Obras completas*, VIII, Escélicer, Madrid 1966, 865.

No es ejercicio de *yoísmo* ni el empeño de airear un estado interior de hastío y desencanto, sino descentramiento fundamental hacia un tú trascendente para encontrar la curación.

Yo sabía, Señor, que tenía que elevar mi alma hasta ti para que sanara. Pero ni quería ni podía, porque, cuando pensaba en ti, no eras para mi mente algo sólido y consistente, o sea que no eras tú. Un vano fantasma y mi error eran mi Dios (*conf.* 4, 7, 12)

Dios salió al encuentro de Agustín. El mismo Dios que había sido compañero paciente de peregrinación.

Desde estas fechas comencé a dar preferencia a la doctrina católica. Pude comprobar que en ella se practicaba mayor tolerancia, equilibrio y sinceridad en la aplicación del mandato de creer en lo que no se ha demostrado, sea porque a veces no hay pruebas o bien porque sí que hay pruebas, pero no son accesibles a todos. Esta actitud no existía entre los maniqueos... Tiempo después, Señor, al ponerme a reflexionar sobre la cantidad de cosas que creía, que no había visto jamás y que ni siquiera vivía cuando ocurrieron, con tu mano, llena de suavidad y de ternura, ibas plasmando y moldeando mi corazón. Tú me hiciste considerar el número incalculable de sucesos históricos que se narran en las historias de las naciones, de tantas y tantas cosas referentes a lugares y ciudades que nunca visité, de tantas cosas oídas a los amigos, a los médicos y a todo tipo de gente. De no dar crédito a estas personas, la vida sería algo imposible y no haríamos en ella absolutamente nada. Por último, consideraba que la fe que tenía en ser hijo de unos padres concretos era algo incuestionable. De este hecho no podía estar seguro sin dar crédito a las referencias de otras personas (*conf.* 6, 5, 7).

Agustín se adentró en tierra desconocida, se dejó guiar más allá de sus evidencias y ser conducido en su pobreza por la compañía de Dios. Quedaban atrás los sueños dorados de los honores, las riquezas y el matrimonio (cf. *conf.* 6, 6, 9). Un día, al cruzar un barrio de Milán, vio cómo un mendigo sobrado de alcohol deambulaba envuelto en sonoras carcajadas. Aunque su alegría fuera falsa, provocada por la bebida, Agustín, sin embargo, se veía a sí mismo atormentado e infeliz. Comentó la escena con algunos amigos. La embriaguez del mendigo era pasajera, mientras que la angustia que atenazaba a Agustín le acompañaba como un arpón clavado en el alma. Era la lucha interna de dos voluntades en conflicto.

Volvía a intentarlo de nuevo, y ya me quedaba un poquito menos, cada vez menos. Ya casi tocaba la meta con los dedos, ya casi era mía. Pero de hecho yo no llegaba, ni la tocaba con los dedos, ni era mía. Dudaba entre morir a la muerte y vivir a la vida (*conf.* 8, 11, 25).

Dios esperaba a Agustín en su propio corazón. El calendario marcaba el año 386 y Agustín contaba treinta y dos años. Había iniciado en solitario su itinerario y lo concluyó en comunidad, rodeado de su madre Mónica, su hijo Adeodato y un grupo de amigos, entre los que destaca Alipio. Se desvanece así el terror del desamparado, la pesadilla de quien se siente perdido en medio de un mar proceloso. El sábado santo del 387, el obispo Ambrosio recibió como cristiano a Agustín y sus amigos en la piscina octogonal del primer templo de Milán.

El encuentro con Dios no anuló ni recortó en Agustín sus grandes pasiones. Continuó amando, desatando nudos, despejando dudas con las armas de la inteligencia, pensando su fe, leyendo y estudiando la Palabra de Dios. Es la llegada del naufrago a la playa y el abrazo con la verdad, la belleza y la paz buscadas.

## ¿Y SI LA IGLESIA TE LLAMA?

A san Agustín podemos seguirlo de cerca de la mano de su primer biógrafo y amigo Posidio. El proyecto de Agustín, después de haber recibido el bautismo, fue regresar a África y establecerse allí junto con otros compañeros que compartían idénticos ideales para dedicarse a la oración y el estudio. Regía la Iglesia católica de Hipona el obispo Valerio

Quien, movido por la necesidad de su grey, habló y exhortó a los fieles para la provisión y ordenación de un sacerdote idóneo para la ciudad; y los católicos, que ya conocían el género de vivir y la doctrina de san Agustín, arrebatándole, porque se hallaba seguro en medio de la multitud, sin prever lo que podía suceder –pues, como nos decía él mismo cuando era laico, se alejaba solamente de las iglesias que no tenían obispo–, lo apresaron y, como ocurre en tales casos, lo presentaron a Valerio para que lo ordenase, según lo exigían con clamor unánime y grandes deseos todos, mientras él lloraba copiosamente (*Vita 4*).

Aquí no terminó todo. El anciano Valerio, que

no cabía de gozo, dando gracias al cielo por haber despachado sus peticiones tan favorablemente..., dio a su presbítero potestad para predicar el evangelio en su presencia y dirigir frecuentemente la palabra al pueblo, contra el uso y costumbres de las iglesias de África, cosa que no vieron con buenos ojos otros obispos (*Vita 5*).

Agustín comenzó a

dar cuenta de su fe y esperanza en Dios a todo el que le pidiera razón, y era poderoso para confirmar con su doctrina sana y argüir a los contradictores (*Vita 6*). Con la ayuda, pues, del Señor, comenzó a levantar cabeza la iglesia de África, que desde mucho tiempo yacía seducida, humillada y oprimida por la violencia de los herejes, mayormente por el partido donatista, que rebautizaba a la mayoría de los africanos. [...] Comenzó, pues, a difundirse por toda el África su doctrina y el olor suavísimo de Cristo, llegando su noticia y alegría a la iglesia de ultramar; pues, así como cuando padece un miembro, todos los miembros se compadecen, también cuando es glorificado uno, todos los demás participan de su gozo (*Vita 7*).

Valerio pensó que Agustín podía ser un buen candidato para cualquier iglesia africana y acudió al primado de Cartago, rogándole lo nombrase obispo auxiliar de Hipona. El anciano obispo logró su propósito, “no tanto para que le sucediese en la cátedra como para que colaborase con él en el oficio pastoral” (*Vita 8*). A pesar de que Agustín rehusara la consagración episcopal, porque todavía vivía Valerio, aceptó ser el brazo derecho de su obispo.

La vocación cristiana –particularmente la religiosa y la sacerdotal– supone firmar un talón en blanco. El mundo está cansado, envejecido. Hay un déficit de solidaridad, de ternura, de Dios. Alguien tiene que encargarse del mantenimiento para que la sociedad no sea un glaciar. Las ciudades están abarrotadas de hombres y mujeres enfermos de soledad que deambulan de un lugar a otro sin saber para qué y por qué vivir.

Jesús de Nazaret eligió a un grupo de discípulos. La lista de los doce no es una lista cerrada y su llamada continúa resonando en el corazón de muchas personas, especialmente jóvenes. El anuncio del Evangelio como programa de vida es misión de todos los bautizados, pero el dedo de Jesús apunta a algunos y los llama por su nombre. Así hizo con Samuel, Jeremías, Abrahán, María, Agustín...

Nadie puede pensar en una llamada directa de Jesús, un diálogo intimista sin intermediarios. El capítulo de mediaciones o las citas de Jesús detrás de circunstancias, noticias y encuentros insospechados, se escapa a todo cálculo. Y toda llamada de Jesús pasa a través de la Iglesia, que ayuda a interpretar, purificar y acompañar todas las historias vocacionales.

En los relatos evangélicos la mirada de amor de Jesús se transforma en una palabra, que es una llamada a una novedad que se debe acoger, explorar y construir. Llamar quiere decir, en primer lugar, despertar el deseo, mover a las personas de lo que las tiene bloqueadas o de las comodidades en las que descansan. Llamar quiere decir hacer preguntas a las que no hay respuestas pre-confeccionadas. Es esto, y no la prescripción de normas que se deben respetar, lo que estimula a las personas a ponerse en camino y encontrar la alegría del Evangelio<sup>15</sup>.

Antes de preguntarnos si Jesús continúa llamando hoy, tenemos que levantar la mirada y contemplar el panorama social que nos rodea, la atmósfera cultural y religiosa que respiramos. Nuestra civilización es de raíz cristiana y cuenta los años utilizando como bisagra el nacimiento de Jesús. La figura de Jesús, sin embargo, se está convirtiendo para los jóvenes en un personaje religioso que camina hacia la insignificancia. Para san Agustín, por el contrario,

este es el mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús; mediador por ser hombre, y por eso también camino. Si entre el que camina y el lugar a que se dirige hay un camino, existe la esperanza de llegar. Pero si no hay camino o se desconoce por dónde hay que ir, ¿de qué sirve conocer adónde ir? Hay un solo camino seguro contra todos los errores, que uno mismo sea Dios y hombre: Dios, adonde vamos; hombre, por donde vamos (*ciu.* 11, 2).

El contenido de la predicación de Jesús conectaba con las expectativas mesiánicas de los judíos, aunque muchos se sintieran defraudados y otros no comprendieran un mesianismo desprovisto de poder. Hoy, el horizonte de salvación de los jóvenes se distancia del mensaje de Jesús porque el ocio, el consumo, el sexo, la felicidad efímera, el pragmatismo y la realidad virtual quedan fuera del perímetro del Evangelio. ¿Cómo encauzar una acción pastoral a partir de los centros de interés de los jóvenes? ¿Qué puede aportar la espiritualidad agustiniana a la pastoral juvenil? ¿Qué rasgos de la espiritualidad agustiniana pueden encajar en las demandas y sensibilidades de los jóvenes? Las preguntas desbordan las respuestas, pero hay que atreverse a abrir alguna pista de salida.

En el “imaginario” juvenil, el grupo cotiza muy alto y aquí podría conectar la realidad de sello cristiano y agustiniano que es la *comunidad*. Invitar a dar el paso del *vivir* al *convivir*, del *yo* al *nosotros*. No es argumento de un discurso, sino propuesta a vivir una experiencia que lleva a adentrarse por los caminos de la acogida, el encuentro, la gratuidad, la escucha, la compasión, el reconocimiento de la diversidad. El grupo puede convertirse en “atrio de los gentiles”. La *comunidad* –tal como aparece en los relatos evangélicos y en el libro de los *Hechos de los apóstoles*– es ámbito de intercambio y de reconocimiento, lugar de presencia de

<sup>15</sup> Sínodo de los Obispos, XV asamblea general ordinaria, *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional. Documento preparatorio*, San Pablo, Madrid 2017, 55.

Jesucristo (cf. Mt 18, 20). Tampoco podemos olvidar que la experiencia de comunidad reflejada en Hch 4, 32 forma parte de la tarjeta de presentación vocacional de la vida religiosa agustiniana.

Quedaba pendiente preguntarnos por la llamada de Jesús hoy. ¿Quién puede acallar la voz de Jesús? Desde la orilla humana podemos cerrar los oídos, crear un ambiente donde la invitación de Jesús sea imperceptible o privar al Evangelio de su punto de provocación. Como réplica, una tarea de todo el Pueblo de Dios – particularmente de las familias y de las comunidades religiosas– será cuidar un microclima vocacional y, como recordaba el papa Francisco haciendo suyas unas palabras de Benedicto XVI acerca del desconcierto que vive la juventud actual, “privilegiar la vía de la escucha”; saber “perder el tiempo” a la hora de acoger los interrogantes y los deseos de los jóvenes; “relatar la belleza del hecho de estar enamorados de Dios”<sup>16</sup>.

## LAS CRISIS QUE AYUDAN A CRECER

Pensar en una existencia sin sobresaltos es inhumano en el sentido más literal del término. En un electro, la gráfica de la vida es en cordillera. Nuestro caminar es renqueante, con tropiezos y momentos de inevitable cansancio y desánimo. Una crisis es un timbrazo que nos sobresalta y despereza, una ocasión para medir nuestras fortalezas y la firmeza de nuestras convicciones, un parón que puede ser oportunidad de examen, de crecimiento y refrigeración del mundo interior. Cada crisis tiene sus apellidos: crisis de crecimiento, crisis académica, crisis económica, crisis afectiva, crisis de ansiedad... Todas las crisis tienen su filo que saja el alma y producen la curación de la herida o su gangrena. Lo que está en cuestión es saber gestionar con sabiduría las crisis. Transformar en energía creativa todo aquello que nos apesadumbra es un desafío diario. Una derrota o una contrariedad no es más que el contrapeso a nuestros delirios de una vida sin turbulencias.

Si a nuestro mundo le hiciéramos una analítica general, aparecerían subidos los niveles de angustia vital, de preocupación y de miedo ante el futuro. Antes los jóvenes contemplaban el mañana con ojos de ilusión y de sorpresa, hoy lo único que se ve en el horizonte es una enorme incógnita.

Algunas personas han muerto –aunque no físicamente– entre las ruinas de los acontecimientos que viven en su entorno próximo o en su claustro más íntimo. Los grandes problemas de nuestro tiempo coinciden con una humanidad desanimada (sin alma), desilusionada (carente de ilusión) y con las reservas espirituales muy

---

<sup>16</sup> Francisco, *Discurso a los participantes en el congreso organizado por la Oficina Nacional para la Pastoral Vocacional de la Conferencia Episcopal Italiana* (5-1-2017).

bajas. Que el siglo XX haya sido uno de los más ateos de la historia –por eso mismo de mayor catástrofe humanitaria–, puede ser una afirmación discutible, pero es cierto que los momentos de dificultad ponen a prueba nuestras reservas espirituales.

La congoja de la muerte de un amigo, el desencanto ante las respuestas banales de distintos maestros, el drama de sentirse indefenso ante el empuje de las pasiones, la brillantez académica enfrentada a un escaso éxito pedagógico, el hambre insatisfecho de verdad y de belleza... pueden interpretarse como una cadena de derrotas sucesivas. Agustín, sin embargo, huyó de pensar que estaba ante un camino cortado o un túnel sin salida. Nunca soltó de las manos el timón de su propia vida, salió al encuentro de los amigos, cultivó ese espacio privado que es el solar de la interioridad, del espíritu. Se cumplieron las palabras del poeta Antonio Machado: “Quien habla solo espera hablar a Dios un día”. Expresado de otro modo, quien se ‘humaniza’ hasta lo íntimo de su ser, se compromete responsablemente con el desarrollo de sus aptitudes y logra una relación gratificante con los demás, está en el camino del encuentro con Dios. No es un proceso ciego, sino entrelazado con la razón y la experiencia humana.

Las crisis de san Agustín –podríamos englobarlas todas en una profunda crisis espiritual– sirvieron de preludio al acontecimiento luminoso de la conversión que Dios obró en él. Después de buscar fuera, descubrió que Dios lo esperaba muy cerca, dentro de sí mismo. Quedaban archivados en la memoria los años ocupados en desmenuzar las preguntas que cruzan las galerías del corazón humano. Vividas así las crisis –tiempo de reflexión para decidir sensatamente–, en vez de producir desequilibrio, son una oportunidad de desarrollo y de maduración. “La vida es buena si no te rindes” (Gregory Gallant).

Al final –donde las preguntas reclaman una palabra aclaratoria–, habrá quienes digan que todo es casual, incluso que todo es absurdo. Otros, sin embargo, experimentarán un deseo hondo de infinito, de amor, de belleza, de libertad y de felicidad. Dios se insinúa, entonces, como la diana a la que tiende el dardo de nuestra vida. Lo dijo con hermosas palabras san Agustín: “Nos has hecho, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti” (*conf.* 1, 1, 1). Y León Tolstoi –aquel gran escritor ruso autor de *Ana Karenina* y *Guerra y paz*– escribió que, “para vivir honradamente, es necesario desgarrarse, luchar eternamente, equivocarse, empezar y abandonar... La tranquilidad es una bajeza moral”<sup>17</sup>.

Vivir significa participar en una aventura que tiene un guión complejo, contradictorio a veces, hasta dramático. Y no hay patio de butacas, no existe la plaza de espectador, cada uno somos protagonistas de una obra original. Esta tarea de vivir es la más seria, la más noble y la más importante que tenemos entre las manos.

<sup>17</sup> [http://edant.revistaenie.clarin.com/notas/2008/09/26/\\_01768492.htm](http://edant.revistaenie.clarin.com/notas/2008/09/26/_01768492.htm) (consulta: 2-5-2018).

Somos estatura, pensamiento, afectividad, habilidades, creatividad, aprendizajes acumulados. Hay en nosotros un hombre exterior y un hombre interior, somos *naturaleza y vocación*. El hombre exterior puede encubrir un solar vacío o, por el contrario, el tesoro de nuestras certezas y nuestras convicciones, los anclajes que sostienen nuestro equilibrio. Aquí es donde ocupa su lugar la fe, no como un freno o un credo aprendido de memoria, sino como un puente que nos permite el encuentro con Dios y el acceso al mundo del espíritu. Nadie puede ignorar a esta altura de su vida que no existe ninguna vacuna contra el sufrimiento físico o moral y que, en cualquier momento, podemos recibir la visita inesperada del dolor o del fracaso.

Es importante en la vida conocer, dedicar tiempo y centrarse en lo esencial, lo simple, lo auténtico: la amistad, la belleza, la fe. Otro camino equivocado es pensar que la felicidad es algo que está fuera de nosotros y que tenemos que buscarla como los zahoríes buscan un manantial subterráneo de agua. La felicidad es el resultado de una tarea de buceo. Por eso está en relación con tres aprendizajes humanos básicos: aprender a pensar, aprender a amar, aprender a creer. Son asignaturas troncales de la pedagogía agustiniana.

La ecuación entre pensar, amar y creer es sinónimo de crecimiento humano. Una fe no pensada se puede convertir en credulidad o fanatismo, y una fe que no desemboca en el amor sería una fe vacía que no se traduce en confianza y en relación. Pocos pensadores han insistido tanto en la nobleza de la razón y en el peso del amor como san Agustín.

El tránsito de los jóvenes hacia la indiferencia religiosa no obedece, la mayoría de las veces, a planteamientos intelectuales ni al cruce de unos sucesos traumáticos. Siempre ha habido quien ha justificado su instalación en un paganismo práctico diciendo que Dios le ha fallado por no haber evitado la muerte de un ser querido o no haber frenado una desgracia irreparable. Cada día, sin embargo, es menos frecuente apuntar a Dios como culpable de lo que acontece en la escena de la historia. Se trata, más bien, de que a Dios se le ve como prescindible y, en ocasiones, se considera un estorbo para responder a esas dos grandes vocaciones humanas que son la libertad y la felicidad.

Sin curiosidad inquietante y sin la compañía permanente de la duda y de un puñado de preguntas anudadas no hay ciencia. Tampoco surge la fe, ni la vocación, ni la felicidad, sin búsqueda, sin tensión y sin la incomodidad de la penumbra. El investigador no encuentra una mañana en la platina de su microscopio un hallazgo inesperado, sino que hasta el descubrimiento más mínimo es el resultado de reacciones y de ensayos.

Apelar a la dimensión espiritual equivale a decir que no se puede hablar de vida humana plena si se abandona esa parcela blindada al paso del tiempo y las gratificaciones exteriores que es el propio mundo interior.

En la sala de visitas de la residencia actual de Benedicto XVI –escribe Peter Seewald, periodista y escritor alemán, biógrafo de Joseph Ratzinger, antes y después de haber sido elegido papa– cuelga un cuadro con un retrato de san Agustín.

Esta lucha personal que se manifiesta en Agustín me resultaba muy interpelante... Agustín, en cambio, lucha consigo mismo; y, además, incluso después de su conversión. Y eso es lo que hace dramático y bello su pensamiento<sup>18</sup>.

SANTIAGO M. INSUNZA, OSA  
*Centro de Congresos Fray Luis de León*  
*Guadarrama (Madrid)*

---

<sup>18</sup> Benedicto XVI, *Últimas conversaciones con Peter Seewald*, Mensajero, Bilbao 2016, 13, 111-112, respectivamente.



ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS  
INSTITUTO DE ESPIRITUALIDAD E HISTORIA